

CON motivo del Día Mundial del Teatro, Miguel Mihura pronunció una conferencia en la que, más o menos explícitamente, anunció su retirada. El autor de "Tres sombreros de copa", "Maribel y la extra-

—Hace poco, usted se ha definido públicamente como «un burgués con espíritu de "clochard"»...

MIHURA.—Es que soy realmente un «clochard», un «hippy», un tío raro. Yo soy un señor poco sociable, vamos, con respecto a lo que se llama sociedad, esta sociedad de la que ya estoy aburridísimo y a la que desprecio totalmente. Vivo una vida de «hippy» sin guitarra, quiero decir que no trabajo, que no tengo ideas fijas, que soy de izquierdas por la mañana y de derechas por la tarde, o al revés. Me parece una lata eso de tener ideas fijas. Soy más bien un anarquista, lo he sido siempre, aunque lleve una vida de burgués, porque no puedo llevar otra. Si yo tuviese cincuenta años menos, ya me iban a ver a mí... Pero me tengo que conformar con llevar esta vida burguesa que me molesta, porque cada vez me da más asco toda esta vida social de ahora. No entiendo el lenguaje de mis contemporáneos, no lo entiendo. Me encuentro mucho más a gusto con los jóvenes que con los de mi época. Porque es que los de mi época no dicen más que tonterías, yo creo que están chocheando todos. Se pasan hablando todo el santo día de Marbella, de que si se van a Marbella, que si vuelven de Marbella, que yo me marcho mañana a no sé dónde y tú te vas pasado...; no entiendo nada. Yo me aburro, voy a cenar por ahí con la gente y me digo: «Pero qué conversación tan rara tienen estos señores»; no saco nada en limpio, no oigo hablar más que de viajes, una inquietud que tiene la gente tremenda... Pero, oye, ¿qué hay por ahí de política, qué se dice?... No sabe nadie nada de política, no sabe nadie nada de nada. Han estado en Niza y en Saint-Tropez, han comido muy bien, han visto una película preciosa en París, que luego la ve uno y es una mierda... Todo es un «snobismo» y una estupidez increíbles.

«Entonces, la gente no me interesa, ha dejado de interesarme. A mí me gustaría tener una tertulia con personas que hablasen un idioma que yo entendiese, que yo comprendiese para poder participar en la conversación. Pero no, uno está totalmente alejado del ambiente de nuestros mayores. Bueno, de nuestros mayores, de los de mi edad, mejor dicho. Están todos dormidos, no sé qué coño les pasa a todos, pero me aburren.

«De modo que no sé, no encuentro la felicidad, no sé dónde está el ambiente feliz, la gente lo busca, pero desplazándose... Y yo creo que no, que la felicidad se lleva en sí mismo, que no hay que ir a buscarla lejos, a base de viajes de un lado para otro... Esto de la «Operación retorno», ustedes comprenderán que estamos en un mundo ver-



MIGUEL MIHURA

Burgués con espíritu de "clochard"

daderamente imbécil, cien muertos porque se van unos señores a pasar dos días fuera de sus casas... Yo cuando voy a un sitio ya me quedo allí y me paso seis meses, que es lo bueno... Con lo que a mí me horroriza desplazarme, me quedo quieto donde me pongan. La gente es que tiene mucha prisa siempre, no tiene un rato para quedarse hablando dos, tres o cuatro horas, no hablan nada.

«Estoy aburrido, realmente aburrido. Y luego, las gentes de teatro no hablan más que de ellos mismos, repiten los mismos tópicos y lugares comunes que estoy oyendo desde que tenía veinte años. Y, claro, me harta oír siempre las mismas tonterías. Antez era otra vida, otro ambiente, otras cosas, la gente era más inteligente, más «hippy», más «clochard», más sin tanta ambición. La ambición es lo que mata hoy al mundo, el deseo de figurar, de colocarse, de que le vean a uno, de salir en la televisión... Por cierto que en la televisión se oye decir eso de «a lo largo y lo ancho de nuestra geografía». Habría que poner una multa

a quien lo volviese a decir. Ya está bien, ¿no?

—Y ese espíritu anarquista, «clochard» o «hippy», ¿cómo es que no se refleja en sus últimas obras, calificadas por la crítica más responsable como aburguesadas, conformistas, impropias de un señor que ha dado más de un título importante al teatro español de estos treinta años de posguerra?

MIHURA.—Sí, es cierto, me han dicho todo eso, que a mí me hace mucha gracia, porque yo soy así, de acuerdo, anarquista y todo eso, pero pienso que el público es de otro modo. Yo nada más quiero alcanzar una meta: trabajar lo menos posible y ganar el más dinero posible. Entonces, si escribo una obra reflejando mi manera de ser y en contra de la del público, pueda suceder que guste o no guste; tenemos el ejemplo de «Tres sombreros de copa», que todos los críticos dicen que es una maravilla, pero que no ha gustado nada a la gente, no me ha dado un duro, es la obra que menos dinero y más disgustos me ha proporcionado. Hice otra, que

ña familia'', ''Carlota'', ''Ninette y un señor de Murcia''... uno de los hombres clave del teatro español de posguerra, habló de su pereza, de su edad, de su estado de salud. Pero, al margen de sus explica-

era «La canasta», una obra contra el matrimonio y contra una serie de cosas; bueno, pues le dieron un meneo espantoso, aunque en aquel caso también la censura colaboró mucho conmigo...

«Además, yo creo que las cosas salen por casualidad. A veces me sale una obra así, aburguesada, llena de concesiones, pero porque no le veo otra solución, no le veo otro final. Nunca pienso lo que voy a decir, escribo lo que me sale. Y unas veces soy aburguesado y otras veces soy anarquista, depende del estado de ánimo, de cómo me levanto, de una serie de circunstancias... Yo no puedo ser siempre el mismo ni escribir del mismo modo.

«No finjo, no miento, no tengo una postura, no me visto de escritor y digo: Yo soy Miguel Mihura, ni pongo nada debajo de mi nombre en las tarjetas... Cada día me encuentro con una persona distinta y no sigo una línea de conducta como sigue mucha gente; yo no sé si serán felices así.

«TRABAJO DESDE HACE MUCHO TIEMPO PARA GANAR DINERO»

—Desde hace cuatro años, usted no estrena ninguna comedia. ¿Por qué? ¿No quiere ya estrenar? ¿No hay ningún empresario que le pida obras?

MIHURA.—No, no, me piden muchas comedias, eso es lo malo. Ya saben que mi manera de escribir es un poco rara, un poco absurda. Yo empiezo a ensayar las comedias antes de tenerlas terminadas. Desde mis principios como autor, hago la primera parte y entonces me pongo de acuerdo con el empresario de turno, le leo esa primera parte, se contrata la compañía, se encargan los decorados, se determina una fecha de estreno, y luego yo ya me voy a hacer la segunda parte a San Juan de Luz, en Francia, que es donde veraneo. Pero allí, generalmente, me entretengo y no hago nada, mientras todo el mundo ya me está esperando. Vuelvo a Madrid en julio y, a trancas y barrancas, haciendo un esfuerzo tremendo, termino la comedia. Y empiezo los ensayos en agosto, a veces sin terminarla...

«Claro, todo esto significa un esfuerzo, una intranquilidad, un estado de nervios tremendo, que cada vez lo noto más. Uno ya es mayor, ya no tiene la imaginación tan despierta como la tenía antes, y pasa unos malos ratos horribles. Ahora quizá ya no pueda escribirme un acto en cuatro horas, como hice con el último de «A media luz los tres», o en cuatro días, como el de «Maribel y la extraña familia»...

«Después de mi última obra, que se me atravesó y me costó un trabajo enorme terminarla, les dije a los empresarios que no seguiría más este procedimiento, porque era

ciones, podía entenderse, también, que Mihura hablaba de su decepción, del cansancio de un montón de años que comenzaron con los veinte de espera para estrenar su primera comedia, de la

inevitable asimilación que lentamente ha debido sufrir desde aquella época en la que, junto a un grupo de jóvenes autores, intentaba inventar en España un nuevo tipo de humor que rompiera

con la aún imperante mediocridad del teatro español.

Al hablar con Mihura, ha insistido en su punto de vista, ha desmentido la suposición de que pensaba retirarse definitiva-

mente. Sin embargo, al acabar la cordial y divertida entrevista, seguimos pensando que en su cansancio infinito tiene bastante que ver nuestro pobre, triste y aburrido teatro de todos los días.

muy expuesto para todos y no me parecía una manera seria de trabajar. Los empresarios sabían perfectamente que, sin tener una fecha determinada y sin tener la angustia ni los compromisos, me iba a costar mucho trabajo hacer una comedia. Y, efectivamente, así ha sido. O sea, que yo ya no les digo nada hasta que tenga la comedia completa, pero como me da mucha pereza y no estoy acostumbrado a escribir sin necesidad, pues entonces no hago nada, ¿comprenden? Esta es la razón por la que no escribo.

—**Y no existe por su parte una necesidad de expresarse, de crear personajes...**

MIHURA.—No, no; necesidad de expresarme, ninguna; necesidad de ganar dinero tan sólo... Ya les he dicho antes que yo trabajo para ganar dinero, y no ahora, desde hace mucho tiempo. Además, yo ya me he expresado, he escrito unas veintidós o veintitrés comedias y he dicho más o menos todo lo que tenía que decir, aunque quizá pueda decir todavía más. Pero no tengo esa necesidad perentoria, primero porque ya estoy un poco jubilado, ya soy mayor, no tengo necesidad económica de escribir y puedo permitirme el lujo de estar cuatro, cinco o seis años sin hacer nada. Entonces, si no tengo ningún compromiso muy personal, pues no escribo. Por otra parte, estoy un poco fastidiado de salud, estoy ahora en manos de los médicos...

—**Sé que acabaré volviendo a mi procedimiento anterior. La única obra que he tenido terminada antes de los ensayos ha sido «Tres sombreros de copa», ¿y tardó veinte años en estrenarse! Claro, este juego que los empresarios me permiten a mí no se lo permiten a todos. Pero yo ya me he acostumbrado... aunque sé que es una costumbre muy fea, una costumbre que no debe ser, yo soy el primero que no quiero permitírmela. Pero quizá ya no tengo remedio.**

—**Hay una cosa que también influye en esto de no estrenar: el teatro está en un periodo de evolución y yo no sé muy bien todavía por dónde va la cosa. Y a mí me gusta actuar sobre seguro, acometer ese atraco que supone estrenar una obra con ciertas seguridades de éxito. Pero el panorama teatral está muy confuso, la gente no sabe por dónde va, es todo un pequeño lío. Como yo no tengo ninguna prisa, espero que se calmen un poco las aguas, que se remansen las cosas, porque no me apetece nada meterme en estos momentos de confusión.**

—**Además, esto de trabajar no creo que sea una cosa para toda la vida, un escritor no tiene por qué estar dale que te pego hasta los ochenta años, yo ya tengo sesenta**

y seis y me merezco un descanso. Si es igual que uno escriba o no escriba, si no escribe uno escribe otro, y me parece muy bien, que vaya saliendo gente nueva, que buena falta hace. Yo creo que, más o menos, todos los de mi generación están en el mismo caso que yo. Es normal.

—**¿No hay ningún matiz de decepción en sus palabras?**

MIHURA.—Que no, que no, que es que a mí no me gusta escribir, no me gusta estrenar, todas estas cosas me ponen nervioso, me molestan, me preocupan, me excitan, no tengo ambiciones ni artísticas, ni económicas, ni de vanidad, ni de nada de eso. Es una profesión que no me ha gustado nunca esta del teatro. La he hecho pues porque no sabía hacer otra cosa, qué voy a hacer si no... He hecho mi periodismo, he hecho todo lo que se refiere a esta particularidad de escritor. Empecé como dibujante, luego pasé a ser articulista, luego hice muchos guiones de cine, estuve haciendo diálogos para doblaje de películas extranjeras durante tres años, luego estuve en Barcelona, he trabajado en París, en Roma, en Buenos Aires, en Berlín... he fundado «La Codorniz» y he estado tres años dirigiéndola... No sé, he hecho muchas cosas, he trabajado mucho y ahora estoy cansado, no tengo muy buena salud y no puedo andar con bromas...

—**Todo el mundo me dice que lo que debo seguir es la línea de «Tres sombreros de copa». Pues no, no la he seguido porque por ese camino no consigo dinero, y la gente se sigue quedando a medias cuando la ve. Tampoco es que me guste el teatro que hago últimamente. Me pasa como al público, estoy indeciso; si él no sabe lo que quiere, yo mismo tampoco lo sé.**

—**Antes yo sabía lo que iba dirigido a la crítica, aunque no le gustase luego al público; lo que le gustaba al público, aunque no le gustara a la crítica, y lo que les podía gustar a los dos, más o menos. Ahora no llego a saberlo, porque el público está cambiando, es un público distinto, quizá más joven afortunadamente. Antes iba la marquesa de tal, el conde, la historia, el médico... y entraban a saludarte al final de la representación tanto a ti como a los actores... Ahora no; nadie entra a ver a nadie, nadie saluda a nadie. Entonces, uno se queda allí diciendo: «Bueno, pero qué coño es esto, qué público viene al teatro...». Me asomo por un palco al patio de butacas, empleo a mirar caras y ¡nadie conocido! Veo, sí, a una señora durmiéndose, que es lo que ve uno siempre. Hasta en las obras más cómicas, en medio de unas carcajadas tremendas hay un par de señoras dando unas cabeza-**

das horrosas. Una primera actriz muy amiga mía me dijo el otro día que ahora se duermen antes de que empiece la obra, cuando se levanta el telón ya hay dos o tres personas que han llegado antes y que están durmiendo... El público este es raro, ¿no?, es un público que no se sabe de dónde viene, yo creo que viene de provincias en un autobús, muerto de cansancio... Vienen, se sientan, encuentran calorito, se quedan dormidos... y pueden decir que han ido al teatro.

—**O sea, que ha cambiado el público, de acuerdo. Pero el de ahora es un público extraño, no demasiado aficionado al teatro, que van a ver una obra como van a ver el «scalextric»... A la gente lo que le vuelve loca es ver algo que le dicen**

que ha estado prohibido y que ahora lo han dejado pasar. Y que salga una actriz en bikini... eso les vuelve locos, les parece una cosa extraordinaria. No sé, pero a mí no me apetece ir a cualquier teatro de Madrid para ver a una actriz más bien panchucha con bikini, prefiero ver a otras señoritas en su lugar de acción, donde deben llevar el bikini y no en un escenario... Esto a la gente le excita mucho; de pronto sale en «ABC» una página con una señorita en bikini, y fulminantemente se llena el teatro. ¿Ustedes comprenden algo?

«SE ESTAN POLITIZANDO LAS COSAS»

—**Al comienzo de la entrevista, usted demostraba un interés por la**



LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



... Y EL PRÍNCIPE ME DIJO: CONSUELO, POR USTED YO VENDERÍA EL TESORO REAL Y TRABAJARÍA DE CROUPIER...



¡QUE TONTERÍA! —LE CONTESTÉ.— CON EL SUELDO DE UN CROUPIER NO TENGO NI PA MOJAMA. ASÍ SE LO DIJE. YO DE JOVEN ERA MUY CASTIZA.



EL PRÍNCIPE SE PEGÓ UN TIRO A LAS DOS DE LA MADRUGADA Y YO CUBRÍ SUS PÁLIDAS FACCIÓNES CON DOS DOCENAS DE AZUCENAS QUE ME HABÍA REGALADO EL ENTONCES TENIENTE PETAIN.



LUEGO ME CASÉ CON TU BISABUELO. JAMÁS LE CONTÉ ESTA HISTORIA. JAMÁS. ERAN COSAS QUE UN REVISOR DE TREN NUNCA HABRÍA ENTENDIDO...

política no compartido —según sus propias palabras— por sus contemporáneos, por las personas de edad aproximada a la suya. Dentro de este terreno, nos gustaría saber en qué medida cree que su teatro ha sido político o ha dejado de serlo, si en algún sentido se puede hablar de un pensamiento político coherente en la obra de Miguel Mihura...

MIHURA.—No creo que mi teatro haya sido político, porque yo soy indiferente en política, curioso —como demostraba antes—, pero indiferente, me interesa saber cómo van las cosas, si va a haber crisis o no va a haber crisis... Pero mi teatro no creo que haya tenido ningún matiz político, en absoluto. Al menos, yo no me he dado cuenta de eso. Ahora se están politizando las cosas, pero en nuestra generación, los artistas y los escritores raramente se metían en política.

«Lo que sí tiene mi teatro es una defensa de la libertad individual, de que cada uno haga lo que le dé la gana, que para mí es lo importante. Siempre he defendido el individualismo, la libertad del ser humano. Creo que la libertad es lo fundamental, pero si la libertad va por las calles con una bandera ya no es libertad, ya tiene que ir uno con una bandera detrás de otro señor que piense igual...»

—¿Su teatro hubiera sido diferente o igual en medio de otras circunstancias que no fueran las nuestras de cada día?

MIHURA.—Yo hubiera sido quizá diferente si hubiera estrenado mi primera comedia cuando se debió estrenar, cuando la escribí en mil novecientos treinta y dos. Entonces mi carrera de escritor habría sido más larga, habría sido diferente. O sea, que a un señor que escribe su primera obra a los veintiseis años y no la estrena hasta que tiene cuarenta y siete (como me pasó a mí con «Tres sombreros de copa»), se le estropean nada más y nada menos que sus principios, ¿comprenden? Si yo estreno la obra en su momento, mi carrera habría sido distinta totalmente, hubiera seguido por ese camino, igual que siguió Ionesco, por ejemplo, que si tuvo la suerte de estrenar su primera obra cuando la escribió. O quizá todo habría sido igual, eso nunca se sabe.

—Pero el haber escrito comedia en una situación tan dura como la posguerra...

MIHURA.—No, a mí literariamente me ha tenido sin cuidado todo eso de la guerra y la posguerra. Porque he vivido las dos épocas y era tan difícil la una como la otra. Antes de la guerra, yo escribía en unas cuantas «revistas galantes» («Muchas Gracias», «Flirt», «Cosquillas»), que la Policía retiraba a cada momento. Durante la guerra me ponían unas multas horribles cuando hacía «La Ametralladora», en San Sebastián. Y luego he tenido que luchar con la censura, antes, después, a cada momento.

«Es decir, que la censura me ha impedido... vamos, no me ha impedido... «A media luz los tres», mi primer gran éxito comercial y el

que decidió que yo me dedicase al teatro, me la prohibieron en principio totalmente. Y tuve que ir a ver a un obispo y besarle el anillo y todas esas cosas... Cosas a las que yo no estoy habituado, pero gracias a eso tuve la fortuna de conocer a un obispo, que no hubiera sabido si no cómo son los obispos. Entonces le besé el anillo y le dije: «Hombre, por favor, mire usted, que he escrito esta obra, que necesito estrenar porque no tengo dinero...». Entonces el obispo me dijo: «Déjeme usted que yo la lea». «Hombre, no, usted tendrá otras cosas que hacer más interesantes...». «Es que si no, hijo mío, yo no puedo dar una opinión...». Entonces me llamó el obispo, me dijo que mi obra era una porquería y una inmundicia... «Ya se lo decía yo a usted, señor obispo, que esto no le iba a gustar. Pero de esto a que me la prohiban, ¿verdad?...». «Pues a ver cómo lo arreglo...». Y lo arregló y la estrené. Se llamaba antes «Piso de soltero», cosa que por lo visto era tremenda, un título muy desvergonzado, nadie podía ser soltero ni tener un piso... Entonces tuve que inventar lo de «A media luz los tres», que no tenía nada que ver con la obra... Pero, en fin... En «La canasta», como os decía antes, me hicieron colaborar con un censor, que era un señor que no tenía ni idea del teatro y me decía: «Ponga usted este personaje, no, haga esto...». Y luego también me echaron abajo alguna otra comedia.

«Pero desde «Maribel y la extraña familia», que era de putas y eso, no sé qué pasó, no se dieron cuenta y les gustó mucho, no me quitaron ni una palabra. Y luego, pues ya empezaron a dar Premios Nacionales a obras de putas y, ya digo, no se puede saber nunca nada...»

—¿Qué cree haber aportado al teatro español?

MIHURA.—Bueno, al menos unas cuantas obras. Todo el mundo habla nada más que de «Tres sombreros de copa». Parece que, después de eso, ya me he muerto. No, he tenido éxitos importantes, como «Maribel y la extraña familia», «Melocotón en almibar» y «Ninette y un señor de Murcia». Yo llamo éxitos a obras que todavía se siguen representando, que siguen dándose por el mundo y funcionando divinamente. Al mismo tiempo, son precisamente esas tres las que —indudablemente— me parecen mis mejores comedias. Quizá es que las tengo cariño porque me han dado mucho dinero.

«Luego he hecho comedias un poco flojitas, de estas de salir del paso, que no me gusta hacerlas, pero que no hay más remedio de cuando en cuando. Además, no es que las haga así a propósito, sencillamente es que no me salen mejor.»

«Creo que el teatro de nuestra generación ha sido interesante porque ha servido de puente entre los teatros de otras dos generaciones. Pienso que haber sabido desempeñar este papel intermedio ha sido el principal mérito de nuestro grupo de autores. Y no doy nombres de una y otra generación porque des-

pués todo el mundo se cabrea. A los que cito y a los que no cito. La gente, ahora, se cabrea con una facilidad pasmosa.

—¿Qué queda hoy del humor codornicesco?

MIHURA.—El humor codornicesco ha ido desapareciendo, yo lo cultivo cada vez menos, no me interesa nada, me parece una cosa pasada. Las cosas se van pasando, envejecen, y sólo queda el hueso, la verdad. Por ejemplo, de «Tres sombreros de copa» queda lo poético, lo lírico, la parte como contestataria contra esa burguesía absurda; todo eso queda y tiene fuerza, en cambio, lo otro, lo grotesco, está pasado. Cuando empezó en el año cuarenta y dos «La Codorniz», todos los jóvenes hablaban como «La Codorniz», todos iban con su ejemplar debajo del brazo por la calle de Serrano. Los primeros años de «La Codorniz» fueron un acontecimiento extraordinario. Entonces el humor que había era químicamente puro, ahora es un humor más bien contestatario. Es una cosa completamente distinta.

TRISTE, SOLO, CANSADO...

—Al término de la conferencia autobiográfica —casi una confesión— que pronunció a finales del pasado mes de marzo en el Círculo de Bellas Artes, nos dio la impresión de que usted era un señor como de vuelta de todo, muy cansado, bastante triste, bastante desilusionado, muy solo, bastante amargado... ¿Responde fielmente esta impresión nuestra a su momento anímico actual?

MIHURA.—Amargado, en absoluto. Triste, siempre, nunca he sido muy alegre yo. De vuelta de todo, eso desde luego, pero lo estoy desde hace mucho tiempo. Estoy de vuelta de todo porque lo he visto todo, porque he vivido una vida muy intensa. He estado ganándome la vida desde los diecinueve años y he hecho de todo, he conocido todos los ambientes y he sido muy golfo, he sido un golfero de cuidado. Y como a mí lo único que me gustan son las mujeres y ya me las tienen prohibidas también... pues todo lo demás no me interesa demasiado.

—Me encuentro un poco solo, solo por lo que me rodea, que no me gusta. Me pasa lo mismo que a usted, los jóvenes, que no nos gusta el ambiente, la atmósfera. En el fondo, me aburro. No encuentro gentes que me diviertan. Sigo teniendo amigas, sí, con las que hablo mucho por teléfono, gasto doce mil pesetas de teléfono cada dos meses, una barbaridad...

—Pero esa soledad es una soledad ya aceptada como irremediable, o todavía combate usted contra ella...

MIHURA.—No, no combato contra ella porque ya me ha pillado viejo. Bueno, hasta hace dos o tres años he tenido una amante, mi última amante. O sea, que no estaba tan solo. Tenía una noruega, una de esas que vienen aquí a hacer tesis sobre mi teatro. Hemos estado cinco años

liados, iba a verme a Francia y venía a España, cogía la pobre su avión desde Oslo y venía a verme. Pero también me aburren, como es lógico, las amantes, porque luego hay que llevarlas al cine o al teatro y a cenar, y saben más de todo que uno y son unas pesadas horrosas, sobre todo las extranjeras. Y no tenemos los mismos gustos porque, claro, mi amante no tenía mi edad, no me voy a liar con una señora de sesenta y seis años; tenía treinta, que estaba muy buena. Quizá un poco mayor para mí. Entonces, había diferencias de criterios y todo eso.

—La soledad... yo he sido siempre soltero, pero tenía amigos y amigas. Es que la vida era más fácil antes, se habla de la «bella época» y realmente la ha habido, no la cursi esa en que se piensa, sino toda una época hasta que empezó la SEAT... Ya no hay Dios que circule ni que vaya a ninguna parte. Madrid entonces estaba más cómodo para uno. Yo lo encuentro ahora tan incómodo que por eso me he marchado a Fuenterrabía.

—En Fuenterrabía me aburro lo mismo que en Madrid, pero por lo menos allí tengo el coche a la puerta y me voy a Hendaya, me voy a Biarritz, y me voy al pueblo, hablo con la librera, con la farmacéutica, con la del estanco... Y esta vida de pueblo es la que me está gustando ahora. Yo en Fuenterrabía vivo frente al mar, con una terraza preciosa que tengo, y un telescopio con el que miro a las bañistas de Hendaya... Voy a Francia, y hablo con la farmacéutica francesa y con la librera francesa, que también es muy amiga mía, me da todas las novedades que salen, sobre todo de novela policiaca, que es lo que más me gusta y me entretiene. Luego, en verano, en el casino de Hendaya dan cine erótico y me voy a verlo, aunque no me gusta demasiado. A mí ya no me gusta nada, pero hay algo que hacer. Como veis, hago una vida tranquila. Lo que no puedo soportar es a los matrimonios, que invaden las salas de «strip-tease» y dejan a los niños en casa. Quizá muchos encuentren esta vida particular mía complicada y un poco difícil, personas como yo se encuentran pocas, ya lo sé. Y las que se encuentran están todas locas.

—Todo esto no es amargura, es inadaptación a mi edad. Es una edad imbécil la mía, que no puede ser. Preferiría estar como don Pío Baroja, metido en casa con una manta y una boina, pero a él iban a verle, a mí no, aquí no viene nadie de visita.

—No tengo ningún motivo de queja. Todo lo que he pretendido lo he conseguido. Lo que pasa es que, una vez conseguido, me ha dejado indiferente. Creo que he cumplido mi misión. He escrito como podría haber hecho pejaritas de papel o butacas. La amargura que tengo es que me voy haciendo viejo, y eso sí que es una cosa cabreante...

■ Entrevista registrada en magnetofón por FERNANDO LARA y DIEGO GALAN. Fotos: MANUEL S. URÍA.

Elegancia + comodidad

= Boyman



la garantía que acompaña a las auténticas prendas Tergal



Esta primavera usted vestirá tal como desea, en el acto y a su exacta medida, un traje fresco y comfortable